

En una entrevista que tuvieron los dos gobernadores en el límite de las provincias de su mando, logró Muciano que Vespasiano aceptase su idea y le convenció de la disposición favorable de sus legiones, prometiéndole al mismo tiempo apoyarle con todas sus fuerzas. Decidida la sublevación, marchó Muciano á Antioquía, y Vespasiano á Cesarea para hacer los preparativos que la empresa requería. Sucedió entonces que el prefecto de Alejandría, Tiberio Alejandro, que ocupaba aquel puesto desde el tiempo de Neron, se adelantó á ambos proponiendo á sus dos legiones proclamar emperador á Vespasiano, y así lo hicieron el 1.º de julio del año 69, día que fué celebrado despues como aniversario del principio del nuevo reinado. Este suceso produjo una conmoción semejante á una súbita corriente eléctrica; dos días despues, el 3 de julio, las tropas de Palestina proclamaron á su general César Augusto emperador, y Muciano hizo jurar al instante á su ejército fidelidad al nuevo pretendiente, para lo cual hizo correr la voz en el pueblo y entre la tropa de que Vitelio habia decidido relevar las legiones de la Siria enviándolas á la tétrica cuenca del Rhin, y mandar á Siria las que habian estado acantonadas junto á este río.

Cuando Vitelio hizo su entrada en Roma con su ejército á mediados de julio estaba proclamado y reconocido Vespasiano por emperador en todo el Este del imperio, desde el Nilo hasta el Tauro, sin exceptuar los reyes aliados y vasallos de Roma, y hasta Vologeso, el rey de los partos, ofreció sus servicios á Vespasiano, en cuya persona se reunían y cumplían al propio tiempo todas las predicciones antiguas, que de esta manera formaban al rededor de su héroe una aureola brillante y solemne.

En Beritos celebró Vespasiano con sus amigos y generales un gran consejo, en el cual se encargó á Tito la continuación de las operaciones contra los judíos, que como sabemos estaban reducidos á Jerusalem y á algunos castillos en las montañas, en cuyo estado habian continuado á consecuencia de los sucesos políticos en la capital del imperio. Además se convino en que Vespasiano pasaria á Egipto para impedir allí, y si posible era en Cartago, la exportación de trigo para la capital, á fin de ejercer esta presión tan eficaz sobre ella. Entre tanto debia Muciano reunir los medios, ya de su hacienda propia, ya poniendo á contribucion los templos y los pueblos, para marchar con fuerzas suficientes por tierra á Italia.

Si descuidar los grandes intereses del imperio en el Este, procedieron Vespasiano y sus amigos gradual y sistemáticamente sin precipitarse, á ejecutar su programa, cuando súbitamente los sucesos tomaron un vuelo completamente imprevisto. Las tres legiones que desde la Mesia habian ido al socorro de Oton, á la noticia de su derrota y muerte habian cometido en Aquileya los excesos mas punibles contra la disciplina, hasta que su furor cedió al miedo del castigo que Vitelio no podria menos de decretar. En esta situación y estando todavia en Aquileya recibieron la gran noticia de la proclamación de Vespasiano en la Siria y en todo el Oriente. Entonces se pronunció á favor de Vespasiano la legion III llamada Gálica, que hacia poco tiempo habia sido enviada desde la Siria al Danubio para proteger la Mesia de las incursiones de los sármatas. Contra estos T. Plaucio Silvano Eliano, por el año 62, y despues en tiempo de Neron, habia hecho varias campañas con feliz éxito, en cuya consecuencia habia trasladado y establecido en la Mesia 100,000 sármatas en calidad de súbditos romanos. Pronto se comunicó el entusiasmo á las demás tropas procedentes de Mesia, porque el pronunciarse á favor de Vespasiano era una magnífica ocasión de librarse de todo castigo de parte del emperador Vitelio. Las legiones proce-

dentales de la Panonia y de Dalmacia se adhirieron á las pronunciadas, pues por otra parte estaban furiosas contra Vitelio, que habia hecho ejecutar á buen número de sus oficiales y dado á las legiones la órden de regresar á sus acantonamientos, y por otra parte ardian en deseos de tomar el desquite de la derrota cerca de Bedriacum. Al propio tiempo los jefes de estas legiones enviaron cartas á sus compañeros de la Galia, de Inglaterra y España para excitarlos á levantarse contra Vitelio.

No se contentaron con esto los jefes de las legiones de Iliria, que por escrito habian enviado á Vespasiano su adhesión y juramento de fidelidad. Reuniéronse en consejo en Petovio, donde decidieron, siguiendo la opinión de la mayoría, ocupar los desfiladeros de los Alpes orientales, para defenderlos contra las fuerzas de Vitelio hasta la llegada de Muciano. Opúsose á esto el fogoso tolosano Antonio Primo, jefe de la legion VII Gemina, llamada tambien Galbiana, hombre de eminentes dotes, arrojado, enérgico, y en una palabra, el hombre mas á propósito que podia desearse para dirigir las operaciones militares de una facción revolucionaria. En un discurso ardiente convenció á sus colegas de que en vista del estado de las fuerzas de Vitelio, ofrecia grandes probabilidades de feliz éxito un ataque súbito, del cual se encargó al mismo tiempo con una sección de infantería y otra de caballería. Fuera de este hombre atrevidísimo y de espíritu aventurero, habia otros dos jefes aptos y dignos de secundarle, Arrio Varo y el gobernador civil de Iliria, Cornelio Fusco. El primero habia hecho su carrera desde soldado raso; habia llegado á jefe de una cohorte en Asia á las órdenes de Corbulon, contra el cual habia excitado despues las sospechas de Neron, y esto le habia valido el ascenso á centurion de la primera centuria de la legion.

Vespasiano y Muciano, como generales previsores, estaban muy léjos de desear un ataque tan impetuoso como precoz. El segundo habia dado á los buques de guerra de que disponia, la órden de llevar al Bósforo la legion VI, que era la que mandaba personalmente, con 13,000 soldados escogidos sacados de otras tres legiones. A pesar de que estas fuerzas habian de tardar mucho en llegar á la Iliria, Antonio Primo sin esperar órdenes, llevando su legion, gran número de tropa ligera y una numerosa caballería, pasó los Alpes Julianos en el mismo otoño del año 69; fué avanzando victoriosamente hasta el Adige y estableció su cuartel general en Verona, á donde le siguieron poco á poco las demás fuerzas ilíricas, que entretanto se habian reforzado con contingentes de pueblos aliados y protegidos de Roma.

Vitelio, ignorando las dimensiones del peligro que se acercaba por la parte de Levante, no habia tomado disposiciones para contrarestarlo. Un viento del Noroeste que duró muchas semanas, habia impedido la llegada de los buques de Levante; por manera que en Roma solo se sabia el pronunciamiento de la legion III, cuando llegó la noticia de la sublevación de todas las tropas de la Iliria. Conocida entonces toda la magnitud del peligro, se dieron órdenes apremiantes á los jefes militares de las provincias occidentales para que enviaran sin demora refuerzos á Italia; pero los de España dieron contestaciones evasivas, los de Inglaterra y del Rhin las dieron contrarias, y solo el gobernador general de Africa se mostró dispuesto á enviar fuerzas. Por primera vez se comprendió en Roma el inmenso peligro que iban engendrando las discordias civiles y la lucha de unos cuantos para encumbrarse, sin consideración á la ruina de la patria. Entonces se vió claramente lo que á contar desde el siglo III fué la enfermedad mortal del imperio, porque entonces se puso de manifiesto á los ojos de los pueblos bárbaros vecinos la debilidad interior de la señora del mundo.

La disminución de las guarniciones y de los campamentos fortificados fronterizos para emplear las fuerzas en el centro del imperio, llamó por fin la atención de los bárbaros mas sagaces é inspiró á varios de sus jefes la idea de renovar los ataques contra el poder romano. Por esta razón no pudieron acudir á Roma refuerzos de Inglaterra y mucho menos del Rhin, donde el peligro tenia proporciones amenazadoras. Los jefes que Vitelio habia dejado allí cuando se dirigió á Italia con el grueso de sus fuerzas, se habian esforzado lo posible por llenar los cuadros de sus legiones, sin poder lograrlo como deseaban; las legiones V y XV solo contaban juntas 5,000 plazas en vez de 10,000 ó 12,000, y por desgracia para llegar á este número habia habido que echar mano de individuos de los pueblos celtas y germánicos vecinos. Claro es que las legiones bien ó mal reconstituidas de esta manera, no podian inspirar confianza si habian de cumplir con su objeto, que era rechazar ataques y sofocar sublevaciones de estos mismos pueblos; á todo lo cual se agregaba que desdichadamente Hordeoneo Flaco no era hombre capaz de infundir personalmente respeto á sus soldados. En estas circunstancias un guerrero atrevido aprovechó la ocasión de la sublevación de Vespasiano para atacar al imperio romano por el lado del Bajo Rhin. Este hombre era Claudio Civilis, descendiente de una antigua familia de jefes bátavos, desde muy antiguo aliada de Roma.

El hermano de este Claudio habia sido decapitado por órden de Fonteyo Capiton, á consecuencia de un conflicto, y Claudio Civilis habia sido enviado á Roma, todo esto en tiempo de Neron. Al subir al trono Galba, puso en libertad á Claudio Civilis, el cual regresó á su país, donde querian matarle los legionarios por creerle cómplice en la muerte de Fonteyo; pero Vitelio le permitió evadirse por no alborotar al pueblo bátavo. Civilis habia servido veinticinco años en el ejército romano y habia llegado á ser jefe de una cohorte de tropa auxiliar, en cuyo período, siendo mas sagaz, astuto y previsor que sus compatriotas germánicos habia adquirido un conocimiento perfecto de las cosas romanas, y ardía en deseos de aniquilar completamente el dominio romano en la cuenca del Rhin. Cuando este hombre supo el pronunciamiento de Vespasiano y de sus partidarios, y mucho mas cuando se le excitó disimuladamente por parte de Hordeoneo Flaco á ocupar con fuerzas romanas la cuenca del Bajo Rhin, aprovechó la ocasión para encubrir sus intenciones ambiciosas con la causa de Vespasiano, y poco le costó poner de su parte á los hombres principales de su pueblo, que era el bátavo, muy descontento del gobierno romano por los reclutamientos excesivos y los grandes abusos con que los encargados romanos verificaban esta operación. Con mucha astucia hizo empezar la sublevación por el vecino pueblo de los caninefatos, acaudillados por su jefe natural Brino, que arrastró en el movimiento á las tribus vecinas de los frisonos, germanos todos, y que á la primera embestida se apoderaron de los puestos militares que los romanos tenían en sus territorios. Los destacamentos romanos, ante las fuerzas superiores de los bárbaros, se retiraron á la parte oriental de la isla habitada por los bátavos, es decir, al ángulo de la isla que forma el Rhin y su brazo el Waal al separarse (1). Allí cayó sobre ellos Civilis, que con sus guerreros se habia unido entretanto á los sublevados. La defección de una cohorte belga y de los marineros bátavos, tripulantes de los buques de guerra romanos que operaban en aquella parte del Rhin, dió á Civilis la ocasión de derrotar á los romanos por mar y tierra y quedarse con 24 buques de su escuadra

fluvial. Esta victoria excitó la codicia de las tribus germánicas vecinas, que acudieron animadas por la esperanza del botín á reforzar la hueste de Civilis. Este tuvo la audacia de enviar á sus tierras á los prisioneros de origen celta, que constituían la mayoría de las fuerzas romanas en todo el Bajo Rhin, á fin de que llevasen la noticia de la victoria de Civilis y animasen á sus compatriotas á levantarse tambien contra sus dominadores. Hordeoneo Flaco, para salvar las apariencias siquiera, interin Vitelio continuaba ocupando el solio imperial, mandó contra Civilis al general Munio Luperco con las legiones V y XV, de que hablamos antes, y contingentes de las tribus próximas aliadas, desde Castra Vetera. Apenas hubo pasado este ejército el Waal y puesto el pié en la isla bátava, cuando un regimiento de caballería bátava se pasó á los sublevados; al primer ataque de estos huyeron los contingentes ubios y tréverios, y Luperco derrotado tuvo que retirarse con el resto de sus fuerzas otra vez á Castra Vetera. Imitaron la conducta de la caballería ocho cohortes de infantería bátava que habian peleado poco antes con gran distinción en Italia por el emperador Vitelio, el cual las habia mandado volver al Rhin y acababa de llamarlas de nuevo á Italia. Con este refuerzo y grandes masas de brúcteros y teucteros Civilis hizo jurar á todo su ejército fidelidad á Vespasiano, y con esta bandera dirigió sus ataques contra la gran plaza de armas de Castra Vetera. La resistencia que ofreció la valiente guarnición le obligó á poner un largo sitio que los heroicos defensores sostuvieron hasta que el hambre les obligó á capitular.

Ardía pues el occidente del imperio en vivas llamas en el otoño del año 69, y Vitelio en estas circunstancias no disponia de mas fuerzas que las de Italia para hacer frente á las de Iliria; sin embargo las tropas de Italia eran muy respetables y por lo menos los soldados eran personalmente adictos al emperador. Componíanse estas fuerzas de ocho legiones no muy completas y de muchos contingentes auxiliares de pueblos aliados. Todas fueron enviadas al Norte de Italia, pero la desgracia quiso que los jefes fueran traidores. Cecina, que mandaba todo este ejército por hallarse Valente detenido en Roma á causa de una enfermedad, estaba envidioso de su colega, á quien el emperador honraba con su confianza, y apenas hubo llegado al Po tomó posiciones entre Cremona y Rávena, y entró en negociaciones con el almirante de la escuadra Lucilio Baso, estacionado en el puerto de Rávena, y con Antonio Primo, que mandaba en Verona con fuerzas insuficientes para resistir á Cecina si este hubiese querido tomar la plaza. Baso declaróse efectivamente á favor de Vespasiano y entonces excitó Cecina á los jefes de las seis legiones, acampadas cerca de Hostilia, á imitar el ejemplo del almirante; pero apenas lo supieron los soldados cuando se apoderaron de Cecina, le retuvieron preso y cargado de cadenas, eligieron nuevos jefes y marcharon á Cremona para reunirse con las dos legiones allí acantonadas.

Al saber este suceso Antonio Primo, que dirigía en jefe toda la campaña contra Vitelio, salió impetuosamente de Verona con sus escasas fuerzas para impedir la reunion de las legiones vitelianas y poder destruirlas separadamente. A marchas forzadas llegó en dos jornadas á la ominosa ciudad de Bedriacum, en cuya proximidad libró á fines de octubre del año 69 una batalla mortífera á la guarnición de Cremona, que quedó derrotada y hubo de encerrarse en la misma plaza. Entonces acertaron á llegar las otras seis legiones, que se reunieron con las dos que se retiraban, y á pesar de haberse hecho de noche emprendieron juntas un nuevo ataque contra el ejército ilirio. Entablóse una batalla nocturna y horrible que la superior pericia de Antonio Primo decidió á favor suyo; el campamento de las tropas vitelianas fué tomado

(1) Donde hoy están las poblaciones de Huyssen y Bemming al Sud de Arnhem.

y Cremona tuvo que capitular y sufrir, sin que Primo se opusiera á ello, un saqueo horroroso, que acabó con el degüello de la poblacion y la destruccion de la floreciente ciudad. El mismo Cecina cayó en manos del vencedor, el cual le envió á Vespasiano, y las tropas prisioneras fueron enviadas á la Iliria y allí distribuidas en diferentes lugares.

Tan pronto como se supo la noticia de la terrible batalla cerca de Cremona en las provincias occidentales, se pronunciaron estas á favor de Vespasiano sin resistencia de nadie, y cuando el delegado Valente, al llegar con tropas frescas desde Roma á la Italia del Norte, supo la destruccion de Cremona y quiso pasar á la Galia para organizar allí un nuevo ejército, fué hecho prisionero en las islas Hyeres, y como enemigo de Vespasiano fué condenado á muerte y ejecutado despues en Urbino por órden de Antonio Primo.

Vitelio se lisonjeaba de poder hacer frente á Antonio Primo y á sus ilirios en los desfiladeros de los Apeninos con la guarnicion de Roma, la guardia imperial y la legion de marinos, ayudado por la nieve con que el cercano invierno acaso haria impracticable el acceso de aquella cordillera, último baluarte que separaba al emperador de su sangriento enemigo. Dejando, pues, el gobierno de Roma á su hermano Lucio, se puso á la cabeza de catorce batallones de la guardia recién creada, de la legion de marina y de varios cuerpos de caballería, y se dirigió á Mevania (hoy Bevagna) á orillas del Clitunno (afluente del Tíber), al Norte de Espoleto, posicion estratégica excelente en la Umbría; pero allí supo que la escuadra, anclada junto al cabo Miseno, y la ciudad marítima de Puteoli se habian pasado á su competidor; que los soldados de marina ocupaban á Terracina en nombre de Vespasiano, y que desde allí se comunicaba la rebelion á los marsos y pelignos en los Abruzos. Entonces le abandonó su serenidad; evacuó á Mevania, condujo sus tropas á Narnia (Narni), donde dejó una parte de ellas, y regresó con el resto á Roma para sacar un nuevo ejército de la poblacion.

Antonio Primo procedió entre tanto con decision y rapidez, como si para todo tuviese autorizacion directa de Vespasiano. Dejando la impedimenta y una parte de las tropas regulares de su ejército en Verona, marchó con dos legiones y los contingentes auxiliares hácia la capital del imperio. No obstante los obstáculos que le crearon el agua, el frío y la nieve, atravesó sin encontrar resistencia armada, y en el mes de diciembre del mismo año 69, los Apeninos, abandonados por Vitelio, y llegando á Narni se le pasaron las fuerzas que este habia dejado allí. Primo, que era no solamente militar perito, valiente y arrojado, sino tambien político reflexivo y hábil, entró entonces en negociaciones con Vitelio, proponiéndole la abdicacion voluntaria en cambio de una crecidísima pension y la retirada á la vida privada en una quinta de la Campania.

Vitelio y las clases acomodadas de la capital se alegraron mucho con la perspectiva de ahorrar á la capital y al imperio nuevos dias de luto y de acabar tan pacífica y prontamente la guerra civil. El emperador se apresuró á ponerse en comunicacion con Sabino, el hermano de Vespasiano, al cual, lo mismo que á otros parientes suyos, entre ellos Domiciano, uno de los hijos menores de su competidor, habia tratado siempre con mucha benevolencia, y llegó á firmar con él un tratado de abdicacion en toda regla el 18 de diciembre del año 69. Con esto todos creian asegurada la paz, mas no fué así, pues contra todo lo que se esperaba, hubo de pasar la ciudad eterna por una espantosa catástrofe. Vitelio quiso repetir con toda formalidad el acto de abdicacion en presencia del Senado y del pueblo, convocados á este fin en el Foro; pero entonces la aparicion del emperador que abdicaba voluntariamente, causó una impresion indecible en el pueblo y

en las tropas de la guarnicion, á las cuales se habian agregado gran número de soldados fugitivos y exasperados del Norte y de Narni, y todos se opusieron á la abdicacion y obligaron á Vitelio á regresar al palacio, sin que á pesar de todo anulara el acto que habia firmado. En este estado de sobreexcitacion de las masas, bastó el motivo mas insignificante para provocar escenas horrorosas. El Senado, los nobles, las autoridades, la policia con todos sus dependientes, en especial la brigada de bomberos, despues de la abdicacion de Vitelio se pusieron al servicio del hermano de Vespasiano, el anciano Sabino, y al ver la actitud turbulenta de las tropas, le invitaron á trasladarse con fuerza armada al palacio, conforme hizo; pero en el camino se presentaron los soldados enfurecidos, que dispersaron el acompañamiento del anciano Sabino. Este á duras penas logró refugiarse con sus partidarios en el Capitolio, donde les sitiaron los feroces partidarios de Vitelio. Durante la noche, y aprovechando una fuerte nevada, pudo Sabino enviar algunos ginetes á pedir auxilio inmediato á Antonio Primo. Los mensajeros encontraron al general ilirio á 44 millas de la capital acampado cerca de Otricoli, donde sus soldados celebraban desde el 17 de diciembre muy tranquilamente las fiestas saturnales. Primo dió al instante la órden de marcha para salvar la vida del hermano de su emperador, pero cuando llegó en la noche del 19 al punto llamado *Saxa Rubra*, á 8 millas de Roma, supo que llegaba tarde. Aquel mismo dia habian los soldados furiosos tomado por asalto el Capitolio, en cuya ocasion quedó reducido á cenizas el magnífico templo; gran número de defensores perecieron acuchillados, y Sabino fué arrastrado hasta el palacio, donde la soldadesca le mató á la vista del desgraciado Vitelio, cuyos esfuerzos para salvarle fueron inútiles. Solo el hijo de Vespasiano logró escapar de la matanza disfrazado de sacerdote de Isis.

Al dia siguiente por la mañana recibió Antonio Primo una embajada de Vitelio, compuesta de vestales, para suplicarle que le concediera un dia de tregua á fin de entenderse sobre lo que convenia hacer. El general ilirio no pudo hacer comprender la necesidad de esta tregua á sus soldados exasperados, los cuales tomaron una actitud tan amenazadora que Antonio Primo no tuvo mas remedio que acceder á su deseo y dar la órden inmediata de marchar sobre la capital. Roma fué atacada simultáneamente por tres puntos diferentes: la columna del centro se dirigió por la via Flaminia directamente contra el Capitolio; el ala derecha siguió por la orilla del Tíber, y el ala izquierda dirigió su ataque contra la puerta Collina. En todas partes fué desesperada la lucha, pero en todas sucumbieron los vitelianos. Solo al rededor del monte Pincio quedó algunas veces el combate indeciso, pero una vez el enemigo dentro de la capital, no cesaron la lucha y la matanza en las calles hasta la noche, con gran alegría del populacho, para el cual aquella horrorosa carnicería era una funcion del circo en grande escala, y como dispuesta exprofeso para celebrar la fiesta de las saturnales. Finalmente los soldados de Antonio Primo tomaron la ciudadela por asalto, acuchillaron á la guardia imperial, y habiendo descubierto á Vitelio en el palacio, le mataron con una saña y una crueldad bestiales, entre las befas de los soldados y de la plebe. La historia no presenta otro ejemplo de igual crueldad mas que el de la muerte horrible del emperador bizantino Andrónico Comneno.

En la noche del mismo dia 20 de diciembre aclamaron los vencedores al jóven Domiciano como César y le instalaron en el palacio. Hasta el dia siguiente no pudo reunirse el Senado para entregar el gobierno en la forma debida al César como representante de su padre Vespasiano, pero ni por esto se restableció el órden en la capital. Habian muerto el dia

antes 50,000 personas en lucha fratricida, víctimas del furor de la soldadesca, y sin embargo continuaron los soldados de Antonio Primo saqueando, y su jefe robando con el mayor descaro en el palacio imperial, mientras Arrio Varo se adjudicaba sin ceremonias el mando en jefe de la guardia pretoriana. Hasta la llegada del severo Muciano no cesaron los desórdenes. Este representante enérgico de Vespasiano, se habia tenido que detener forzosamente en el camino á poco de haber recibido la noticia de la batalla de Cremona, para rechazar de la Mesia una horda de dacios, cuyo objeto era el saqueo. Su presencia en Roma fué celebrada por todo el mundo como un gran beneficio. Es verdad que su severidad rayó alguna vez en crueldad y que trató al Senado con mucha dureza, pero por lo demás sujetó con mano fuerte á la soldadesca iliria, restableció gradualmente la disciplina en el ejército y puso fin al despotismo de Antonio Primo, enviando sus mejores legiones ya á Siria, ya al Rhin, y formando con individuos escogidos de las tropas vencedoras una nueva guardia pretoriana.

Vespasiano continuó bastante tiempo en Oriente procurando con gran trabajo expedir desde Egipto cargamentos de víveres á la capital del imperio, donde el hambre reinaba ya hacia bastante tiempo; pero mientras fué restableciéndose el órden en Italia, volvió á recrudecer la lucha en Judea. Al mismo tiempo en la cuenca del Rhin la noticia de la batalla de Cremona habia comprometido muchísimo la posicion de las tropas romanas partidarias todavia de Vitelio, y pronto cundió en sus propias filas la confusion á consecuencia de las posteriores noticias de Italia, no obstante que tenian aquellas tropas que luchar contra el ejército de Civilis, y para mayor desgracia hacia ya algun tiempo que la tropa habia perdido la confianza en la lealtad de Hordeonio, su general en jefe. Por fortuna el imperio tenia en aquel país otro militar eminente, Dilio Vocula, jefe de la legion XXII. Este jefe habia salido de Maguncia con lo mejor de las legiones IV y XXII, y al llegar á Bonn se habia agregado la legion I, y en Novesium (hoy Neuss) la legion XVI con muchos contingentes celtas. Con este ejército, y luchando con grandísimos obstáculos, marchó al auxilio de Castra Vetera, sitiada por Civilis. Apenas hubo conseguido su objeto cuando llegó la noticia funesta de Cremona; los jefes se declararon por Vespasiano, con lo cual excitó el rencor de la clase de tropa, y esta disension paralizó la fuerza del ejército tanto romano como de los cuerpos auxiliares, permitiendo á Civilis, que ya habia arrojado la máscara de defensor de Vespasiano, continuar la lucha con mayor energía que nunca, al paso que su propaganda anti-romana entre los celtas producía cada dia mayores resultados. Durante mucho tiempo se concentró la lucha en torno de Castra Vetera. Civilis la sitió de nuevo desde principios del año 70, aprovechando la ausencia de Vocula, el cual habia tenido que regresar á Maguncia porque los soldados amotinados habian asesinado al viejo Hordeoneo en Neuss. En esto llegó la noticia de la destruccion del Capitolio, que fué explotada por los druidas, los cuales predicaban en todas partes que el Capitolio habia sido el gran paladion del poder de Roma, y con su destruccion quedaba aniquilado este último para pasar á la nacion celta. A todo esto se añadieron noticias falsas de grandes derrotas de las armas romanas en Inglaterra y en la Mesia. El resultado fué que tres jefes del ejército romano que mandaban contingentes de pueblos aliados y protegidos de Roma, tuvieron con otros compañeros y amigos suyos, despues de la muerte de Hordeoneo, una entrevista con Civilis en la ciudad de Colonia, en cuya reunion convinieron en fundar un gran imperio celta. Estos tres jefes eran Julio Clásico

y Julio Tutor, ambos hijos del pueblo treverio, y Julio Sabino, que se jactaba de descender de un hijo natural de Julio César. Este Sabino pertenecia al pueblo lingon, cuyo contingente mandaba. Cuando el valiente Vocula emprendió en la primavera del año 70 una nueva expedicion para socorrer otra vez á Castra Vetera, se pronunciaron abiertamente contra él Tutor y Clásico obligándole á retirarse sobre Neuss, donde trató en vano de restablecer la disciplina entre los soldados que le quedaban. Estos, sobornados por los celtas y conmovidos por la noticia de la desgraciada muerte de Vitelio, se amotinaron y mataron á su jefe Vocula y despues se pusieron al servicio de la Galia independiente. Colonia y todas las demás plazas de la cuenca del Rhin hicieron lo mismo. Tambien tuvo que capitular la guarnicion de Castra Vetera, pero cuando hubo abandonado la plaza fué incuicadamente pasada á cuchillo por los germanos, que incendiaron y redujeron á escombros la plaza.

Por lo pronto quedaron perdidas las dos provincias, la Germania Alta y Baja, hasta la embocadura del Rhin; pero tambien se vió luego que si circunstancias especiales habian hecho posible tan grande victoria de los celtas y germanos, no estaban estos bastante civilizados para fundar algo sobre las ruinas del poder romano en aquella parte del mundo, y las legiones romanas no tardaron en avergonzarse del papel indigno que habian aceptado al sublevarse contra su país para ponerse al servicio de bárbaros. Las tribus germánicas de la derecha del Rhin, y tambien los bátavos, no querian dejarse gobernar por los treverios ni estos querian ser menos que los bátavos. Por otra parte, tampoco querian secundar á los treverios los pueblos celtas de la Galia central y del sudeste, porque no habian olvidado la horrible matanza que de los suyos habian hecho los soldados del Rhin á las puertas de Besanzon, ni las atrocidades cometidas por Cecina, Valente y Vitelio y sus huestes á su paso por la Galia, cuando se dirigieron á Italia. A los ubios de Colonia costó trabajo librarse de los téucteros, que no querian sino saquear y destruir aquella importante ciudad y á sus habitantes, y Civilis, que debia fundar el proyectado imperio celta, tuvo que luchar con un compatriota y mortal enemigo suyo, el bátavo Claudio Labeon. En medio de todo esto nadie se acordaba de ocupar los desfiladeros de los Alpes para impedir la llegada del nuevo ejército romano, que enviado por Muciano estaba ya en camino para levantar otra vez y vengar las águilas romanas en el valle del Rhin y en Bélgica. Este ejército encontró el paso de los Alpes franco, porque Julio Sabino, el jefe de los lingones, que podia haberse opuesto á la marcha del nuevo ejército, estaba ocupado en una guerra necia y desgraciada con los secuanos.

Muciano confió la direccion de esta campaña á Petilio Cerial, uno de los mejores generales que entonces figuraban en el cuadro del ejército romano. Cerial tenia una aficion excesiva á aventuras galantes, pero poseia una audacia que rayaba en temeridad, una habilidad extraordinaria para salir victorioso de las situaciones mas desesperadas, una sagacidad y un tacto admirables para no echar mano á la espada cuando podia alcanzar su objeto, sin mengua de la honra, por medios amistosos y conciliadores. Llevaba de Italia cuatro legiones, la VI, VIII, XXI y II, pero se habia dado al propio tiempo á la legion XIV, acantonada en Inglaterra, la órden de pasar á la Bélgica, y se habia mandado tambien á otras dos legiones con sus correspondientes contingentes auxiliares que servian en España, que se dirigiesen al Rhin. En vista de estos preparativos, los romos, pueblo celta establecido en el país de Reims, convocaron á otros pueblos y tribus de su nacion á una gran asamblea en la cual se decidió hacer la paz con Roma y someterse á ella. Con esta re-